Dios, que sobrepuja todas las cosas; porque, entre nosotros, suelen ser fácilmente conocidas; mas lo que está por encima de la cumbre de nuestra inteligencia, cuanto más difícilmente se entiende, tanto más excita nuestra admiración. Ciertamente, las razones de la Providencia serían muy bajas, si estuviesen al alcance de nuestros débiles espíritus; serían menos amables en su suavidad y menos admirables en su majestad, si estuviesen menos alejadas de nuestra capacidad.»

Exclamemos, pues, Teótimo, en todas las ocasiones, pero con un corazón enteramente enamorado de la Providencia, toda sabia, toda poderosa y toda dulce de nuestro Padre eterno: *¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios!*[28]. ¡Oh Señor Jesús, qué excesivas son las riquezas de la bondad divina! Su amor para con nosotros es un abismo incomprensible; por esta causa, nos ha preparado una rica suficiencia o, mejor dicho, una rica abundancia de medios a propósito para salvarnos; y, para aplicárnoslos con suavidad, usa de una gran sabiduría, pues, con su infinita ciencia, prevé y conoce todo cuanto para este fin se requiere. ¡Ah! ¿Qué podemos temer? Antes bien ¿qué no hemos de esperar siendo hijos de un Padre tan rico en bondad para amarnos y querernos salvar, tan sabio para disponer los medios convenientes para ello, tan prudente en aplicarlos, tan bueno en querer, tan clarividente en ordenar, tan prudente en ejecutar?

No permitamos jamás que nuestros espíritus anden revoloteando, por curiosidad, en torno de los juicios divinos; porque, como mariposillas, veremos quemadas nuestras alas y pereceremos en este fuego sagrado.

IX

De un cierto rastro de amor, que muchas veces permanece en el alma que ha perdido la santa caridad

La caridad, por la multitud de actos que produce, imprime en nosotros cierta facilidad para amar, y la deja en nosotros, aun después que hemos sido privados de su presencia. Cuando era joven, vi en un pueblo cercano a París, una caverna en la cual había un eco

que repetía muchas veces las palabras que pronunciábamos junto a ella. Si algún ignorante, sin experiencia, hubiese oído aquella repetición de palabras, hubiera creído que algún hombre hablaba desde el fondo. Pero nosotros, por el estudio, sabíamos ya que nadie en la caverna repetía las palabras, sino que tan sólo había allí unos huecos, en uno de los cuales se recogían nuestras voces, y, como no pudiesen pasar más allá, para no extinguirse del todo y aprovechar las fuerzas que les quedaban, producían otras voces, y éstas, reunidas en otro hueco, producían otras, y así sucesivamente, hasta llegar a once repeticiones; pero estas voces, producidas en aquellas concavidades, no eran voces, sino reminiscencias y reflejos de las primeras.

Y, de hecho, había mucha diferencia entre nuestras voces y aquéllas; porque cuando nosotros soltábamos una larga serie de palabras, los ecos sólo repetían algunas, acortaban la pronunciación de las sílabas, que se deslizaban con gran rapidez y con tonos y acentos en nada parecidos a los nuestros, y comenzaban a emitir estas palabras cuando nosotros ya habíamos acabado de pronunciarlas. Resumiendo, no eran voces de un hombre vivo, sino, por decirlo así de una roca, de una roca hueca e inerte, las cuales reproducían tan bien la voz humana, de la cual traían su origen, que cualquier ignorante se hubiera quedado sorprendido y burlado.

Permíteme ahora que te diga: Cuando el santo amor de caridad encuentra un alma manejable y hace en ella larga morada, produce un segundo amor, que no es amor de caridad, aunque tiene en ésta su origen; al contrario, es un amor humano, el cual, empero, de tal manera se parece a la caridad, que, aunque ésta se extinga en el alma, parece que se conserva en ella, por haber dejado tras sí esta su imagen y semejanza que la representa; de manera que un ignorante fácilmente se engañaría. Sin embargo es muy grande la diferencia entre la caridad y el amor humano que produce en nosotros; porque la voz de la caridad repite, intima y pone en práctica todos los mandamientos de Dios en nuestros corazones, pero el amor humano, que queda después de ella, los repite e intima algunas veces, pero no los practica todos, sino tan sólo algunos: la caridad recoge todas las sílabas, es decir, todas las circunstancias de los mandamientos de Dios; el amor humano siempre deja algunas atrás, sobre todo la de la recta y pura intención. Y, en cuanto al

tono, el de la caridad es muy igual, suave y gracioso; mas el del amor humano siempre sube demasiado en las costas terrenas, baja con exceso en las cosas celestiales, y nunca pone manos a la obra hasta que la caridad ha cesado de hacer la suya. Porque, mientras la caridad vive en el alma, se sirve de este amor humano, que es su engendro, y lo emplea para que le ayude en sus obras; de suerte que, durante este tiempo, las obras de este amor, como las de un siervo, pertenecen a la caridad, que es la señora. Mas, cuando la caridad se ha alejado, todas las obras de este amor son exclusivamente suyas, y no tienen la estima ni el valor de la caridad; porque el amor humano, en ausencia de la caridad, no tiene ninguna fuerza sobrenatural para mover al alma a los actos excelentes del amor de Dios sobre todas las cosas.

X

Cuán peligroso es este amor imperfecto

A la impiedad se llega por ciertos grados y casi nadie cae de repente en la extrema maldad.

Algunos jóvenes hemos visto bien formados en el amor de Dios, los cuales, una vez maleados, no han dejado de dar grandes muestras de su virtud pasada, aun en medio de su desdichada ruina; y, repugnando a los vicios presentes el hábito adquirido mientras vivían en caridad, ha sido difícil, durante algunos meses, discernir si tenían o no caridad, si eran virtuosos o viciosos, hasta que el tiempo ha dado claramente a conocer que estos ejercicios virtuosos no nacían de la caridad presente, sino de la caridad pasada; no del amor perfecto, sino del amor imperfecto, que la caridad había ido dejando en pos de sí, como señal de haber tenido en aquellas almas su morada.

Ahora bien, este amor imperfecto es bueno de suyo, porque siendo hijo de la santa caridad y algo perteneciente a su cortejo, no puede ser sino bueno, y habiendo estado al servicio de la caridad, durante la estancia de ésta en el alma, está presto a servirla de nuevo, cuando vuelva, y, aunque no puede realizar los actos propios del amor perfecto, no, por esto, es despreciable, porque esta es la condición de su naturaleza.

Sin embargo, aunque este amor imperfecto es bueno en sí, es, empero, peligroso, pues muchas veces nos contentamos con él, porque, como que tiene muchos rasgos exteriores e interiores propios de la caridad, creemos que es ésta la que poseemos, nos complacemos en él y nos tenemos por santos; y, en medio de esta vana persuasión, los pecados que nos han arrebatado la caridad crecen, aumentan y se multiplican tanto, que acaban por ser dueños de nuestro corazón.

El amor propio nos engaña. Por poco que nos apartemos de la caridad, forja en nuestra apreciación este hábito imperfecto, y nos complacemos en él, como si fuese la verdadera caridad, hasta que algún rayo de luz nos hace ver que nos hemos engañado.

¡Dios mío! ¿No es lástima grande ver cómo un alma, que en su imaginación cree ser santa, y que vive tranquila como si tuviese caridad, descubre, al fin, que su santidad era fingida, que su reposo era un letargo y que su gozo era una ilusión?

XI

Manera de reconocer este amor imperfecto

Pero, ¿por qué medio —me dirás—, podré distinguir si es la caridad o el amor imperfecto, el que me comunica los sentimientos de devoción que advierto en mí? Si, examinando en particular los objetos de los deseos, de los afectos, de los planes que actualmente tienes, encuentras alguno que te lleva a contravenir a la voluntad y al beneplácito de Dios por el pecado mortal, entonces está fuera de toda duda que este sentimiento, esta facilidad y esta prontitud que tienes en el servicio de Dios, no procede de otra fuente que del amor humano e imperfecto; porque, si el amor perfecto reinase en ti, rompería con todo afecto, con todo deseo y con todo propósito, cuyo objeto fuese tan imperfecto, y no podría tolerar que su corazón se aficionase a él.

Pero ten en cuenta que he dicho que este examen ha de versar sobre los afectos actuales; porque no hay necesidad de imaginar los que pudiesen surgir después; basta que seamos fieles en las circunstancias del momento, según la diversidad de los tiempos, pues harto tiene cada hora su trabajo y cada día su pena.

Pero si alguna vez quieres ejercitar tu corazón en el valor espiritual, imaginando diversas luchas y asaltos, podrás hacerlo con provecho, con tal que después de estos actos de una valentía imaginaria, que tu corazón habrá realizado, no te juzgues por más valeroso que antes. Porque los hijos de Efraim, que hacían maravillas disparando el arco, en los simulacros de guerra que hacían entre sí, cuando llegó el momento de hacerlo de verdad, *volvieron la espalda en el día del combate*[29] y no tuvieron pulso, ni siquiera para colocar las flechas en el arco, ni ánimo para mirar la punta de las de sus enemigos.

Luego, cuando ensayemos el valor, imaginando acontecimientos futuros o tan sólo posibles, si se levanta algún sufrimiento que arguye bondad y fidelidad, demos gracias a Dios, porque este sentimiento nunca puede dejar de ser bueno; pero, a pesar de ello, conservemos siempre la humildad entre la confianza y la desconfianza, esperando que, mediante el auxilio divino, cuando llegue la ocasión haremos lo que hubiéremos imaginado, pero temiendo, a la vez, que según nuestra ordinaria miseria tal vez no haremos nada y perderemos el ánimo. Pero, si sentimos una desconfianza tan desmesurada, que nos parece que no tendremos ni fuerza, ni valor, y llegamos a caer en la desesperación, a propósito de imaginarias tentaciones, como si no estuviésemos en caridad y gracia de Dios, entonces hemos de hacer una resolución firme, a pesar del desaliento que sintamos, de ser fieles en todo cuanto pueda acontecernos, aun en las tentaciones que nos dan pena; y hemos de confiar en que, cuando lleguen, Dios multiplicará su gracia, doblará sus auxilios y nos ayudará cuanto sea necesario, pues el hecho de que nos parezca que no nos da fuerzas en una guerra imaginaria, no significa que no nos las de cuando llegue la ocasión. Porque, así como muchos han perdido el valor en el combate, otros, en cambio, han cobrado unos alientos y una resolución en presencia del peligro y de la necesidad, que nunca hubieran sentido en su ausencia. De la misma manera, muchos siervos de Dios, al representarse tentaciones no reales, se han espantado, hasta perder el valor, y, en medio de las tentaciones verdaderas, se han portado con la mayor valentía. No es, por lo tanto, necesario, mi querido Teótimo, que siempre sintamos el valor que se requiere para vencer *al león rugiente, que da vueltas en torno nuestro, buscando a quien devo-*

rar[30], porque esto podría fomentar la vanidad y la presunción. Basta que tengamos el buen deseo de combatir valerosamente y una absoluta confianza en que el Espíritu divino nos asistirá con sus auxilios, cuando la ocasión de emplearlos se ofreciere.

LIBRO QUINTO

De los dos principales ejercicios del amor sagrado, que consisten en la práctica de la complacencia y de la benevolencia

I

De la sagrada complacencia del amor, y, primeramente, en qué consiste

El amor, como ya hemos dicho, no es otra cosa que el movimiento y el flujo del corazón hacia el bien, por la complacencia que en él siente, de suerte que la complacencia es el gran motivo del amor, como el amor es el gran motivo de la complacencia.

Ahora bien, este movimiento, con respecto a Dios, se practica de esta manera: Sabemos por la fe que la divinidad es un abismo incomprensible de toda perfección, soberanamente infinito en excelencia, infinitamente soberano en bondad. Esta verdad, que la fe nos enseña, es atentamente considerada por nosotros en la meditación, en la cual contemplamos este inmenso cúmulo de bienes que hay en Dios, o bien a la vez como un conjunto de todas las perfecciones, o bien distintamente, considerando sus excelencias una a una, por ejemplo, su omnipotencia, su sabiduría, su bondad, su eternidad, su infinidad. Cuando hemos logrado que nuestro entendimiento se fije atentamente en la grandeza de los bienes que encierra este divino objeto, es imposible que nuestra voluntad no se sienta tocada de la complacencia en este bien, y, entonces, haciendo uso de nuestra libertad y de la autoridad que tenemos sobre nosotros mismos, movemos a nuestro corazón a que reponga y refuerce su primera complacencia con actos de aprobación y regocijo. ¡Ah —dice entonces el alma devota—, qué hermoso eres, amado mío, qué hermoso eres! Eres *todo deseable;* eres el mismo deseo.

De esta manera, aprobando el bien que vemos en Dios, y regocijándonos en él, hacemos el acto de amor que se llama complacencia, porque nos complacemos en el placer divino infinitamente más que en el nuestro; y es este amor el que causaba tan gran contento a los santos, cuando podían enumerar las perfecciones de su amado, y el que les hacía pronunciar con tanta suavidad que Dios era Dios. *Tened entendido* —decían— *que el Señor es Dios*[1].

¡Qué gozo tendremos en el cielo, cuando veremos al amado de nuestros corazones como un mar infinito, cuyas aguas no son sino perfección y bondad! Entonces, como ciervos que, perseguidos y acosados durante mucho tiempo, beben en una fuente cristalina y fresca y atraen hacia sí la frescura de sus ricas aguas, nuestros corazones, al llegar a la fuente abundante y viva de la Divinidad, después de tantos desfallecimientos y deseos, recibirán, por esta complacencia, todas las perfecciones del Amado, gozarán de Él de una manera perfecta, por el contento que en Él sentirán, y se llenarán de delicias inmortales; y, de esta manera, el esposo querido entrará dentro de nosotros, como en su lecho nupcial, para comunicar su gozo eterno a nuestra alma, pues Él mismo ha dicho que, si guardamos la santa ley de su amor, vendrá y hará en nosotros su morada[2].

II

Que por la santa complacencia somos hechos como niños en los pechos de nuestro Señor

¡Qué feliz es, el alma que se complace en conocer y saber que Dios es Dios y que su bondad es una bondad infinita! Porque este celestial esposo, por esta puerta de la complacencia, entra en ella y *cena*[3] con nosotros, y nosotros con Él. Nos apacentamos con Él en su dulzura, por el placer que en ella sentimos, y saciamos nuestros corazones en las perfecciones divinas, por el bienestar que en ellas encontramos. Y esta perfección es una cena, por el reposo que a ella sigue, pues la complacencia nos hace reposar dulcemente en la suavidad del bien que nos deleita, del cual hartamos nuestro corazón; porque, como ya lo sabes, Teótimo, el corazón se apacienta

de las cosas que le agradan, y así decimos que uno se apacienta de honor, otro de riquezas, empleando el lenguaje del Sabio, el cual dijo que *la boca de los necios se alimenta de sandeces*[4], y el de la suma Sabiduría, la cual manifiesta que su *manjar,* o sea su gozo, no es otro que *hacer la voluntad de su Padre*[5].

Venga mi amado a su huerto —dice la Sagrada esposa—, *y coma del fruto de sus manzanos*[6]. Ahora bien, el divino esposo va a su huerto cuando viene al alma devota, pues como quiera que *tiene todas su delicias en estar con los hijos de los hombres*[7], ¿dónde puede tener mejor morada que en la región del espíritu que ha hecho a su imagen y semejanza? En este jardín, Él mismo planta la amorosa complacencia que tenemos en su bondad, y de la cual nos apacentamos; como, asimismo, su bondad se apacenta y se complace en nuestra complacencia. De esta manera, introducimos el corazón de Dios en el nuestro, derrama Él su bálsamo precioso, y así se practica lo que con tanto regocijo dice la sagrada esposa: *Introdújome el rey en su gabinete; saltaremos de contento y nos regocijaremos en Ti, conservando la memoria de tus amores, superiores a las delicias del vino; por eso te aman los rectos de corazón*[8].

¿Cómo es posible ser bueno y no amar tan gran bondad? Los príncipes de la tierra tienen los tesoros en sus arcas y las armas en sus arsenales; mas el príncipe celestial tiene sus tesoros en su seno y sus armas en su pecho, y, puesto que su tesoro y su bondad, lo mismo que sus armas, son sus amores, su seno se parece al de una dulce madre, provisto de tantos atractivos para cautivar al tierno niño, cuanto puede él desear.

¡Cuán deliciosamente siente los perfumes de las infinitas perfecciones del Salvador el alma que, por amor, lo sostiene entre los brazos de sus afectos! ¡Y con qué complacencia dice para sus adentros: He aquí que el olor de mi Dios es como el olor de un jardín florido.

III

Que la sagrada complacencia da nuestro corazón a Dios y nos hace sentir un perpetuo deseo en el gozo

El bien infinito pone fin al deseo, cuando causa el gozo, y pone fin al gozo cuando excita el deseo; por lo que no puede ser gozado y deseado al mismo tiempo. Pero el bien infinito hace que reine el deseo en la posesión, y la posesión en el deseo, porque puede satisfacer el deseo con su santa presencia, y darle siempre vida con la grandeza de su excelencia.

Cuando nuestra voluntad ha encontrado a Dios, descansa en Él y siente una suma complacencia, y sin embargo, no deja de sentir un movimiento de deseo, porque, así como desea amar, gusta también de desear; tiene el deseo del amor y el amor del deseo. El reposo del corazón no consiste en que permanezca inmóvil, sino en no tener necesidad de cosa alguna; no estriba en la carencia de todo movimiento, sino en no tener ninguna necesidad de moverse.

Los espíritus condenados están en un eterno movimiento, sin mezcla alguna de tranquilidad; nosotros, los mortales, que andamos todavía en esta peregrinación, unas veces sentimos reposo y, otras, movimiento en nuestros afectos; los espíritus bienaventurados viven siempre en reposo en sus movimientos, y en movimiento en su reposo; sólo Dios está en un reposo sin movimiento, porque es absolutamente un acto puro y substancial. Ahora bien, aunque, según la condición ordinaria de nuestra vida mortal, no tengamos reposo en nuestro movimiento, sin embargo, cuando nos ensayamos en los ejercicios de la vida inmortal, es decir, cuando practicamos los actos del amor santo, encontramos reposo en el movimiento de nuestros afectos, y movimiento en el reposo de la complacencia que sentimos en el amado, recibiendo de esta manera un goce anticipado de la futura felicidad a que aspiramos.

El alma que se ejercita en el amor de complacencia, exclama perpetuamente en su sagrado silencio: Me basta que Dios sea Dios, que su bondad sea infinita, que su perfección sea inmensa; que viva yo o que muera poco importa para mí, pues mi amado vive una vida triunfal eternamente. La misma muerte no puede entristecer al corazón que sabe que su soberano amor vive. Bástale

al alma que ama que aquel a quien ama más que a sí misma esté colmado de bienes eternos, pues vive más en el que ama que en el que anima, y ya no es ella la que vive, sino su amado en ella[9].

IV

De la amorosa compasión, por la cual se explica mejor la complacencia del amor

La compasión, la condolencia, la conmiseración o misericordia no es más que un afecto, que nos hace partícipes de la pena y del dolor de aquel a quien amamos, y atrae hacia nuestro corazón la miseria que padece, por lo cual se llama misericordia, como si dijéramos miseria de corazón; de la misma manera que la complacencia introduce en el corazón del amante el placer y el contento de la cosa amada. El que produce ambos efectos es el amor, el cual, por la virtud que tiene de unir el corazón del que ama con el corazón del que es amado, hace, por este medio, que los bienes y los males de los amigos sean comunes, por lo cual lo que ocurre con la compasión, arroja mucha luz sobre todo cuanto se refiere a la complacencia.

La compasión recibe su grandeza de la del amor que la produce. Así son grandes las penas de las madres por las aflicciones de sus hijos únicos, como lo atestigua con frecuencia la Escritura. ¡Qué compasión en el corazón de Agar por los sufrimientos de Ismael, al que veía en trance de perecer de sed en el desierto! ¡Qué sentimiento el de David por la muerte de su hijo Absalón! ¿No veis el corazón maternal del gran Apóstol, cuando dice: *enfermo con los enfermos, ardiendo* en el celo por los *escandalizados,* con un *continuo dolor* por la pérdida de los judíos y *muriendo todos los días* por sus queridos hijos espirituales?[10]. Pero considera, sobre todo, cómo el amor atrae todas las penas, todos los tormentos, los trabajos, los sufrimientos, los dolores, las heridas, la pasión, la cruz y la muerte de nuestro Redentor hacia el corazón de su madre santísima[11], por lo que pudo muy bien decir que era para ella *un manojito de mirra* en medio de su corazón[12].

La condolencia recibe también su grandeza de la magnitud de

los dolores que padecen las personas amadas; si los males del amigo son extremos, nos causan gran dolor.

Pero la conmiseración crece extraordinariamente en presencia del ser que padece. Por esta causa, la pobre Agar se alejaba de su hijo, que desfallecía, para aliviar, en alguna manera, el dolor de compasión que sentía; *No veré morir a mi hijo*[13], decía. Cristo Nuestro Señor llora, al ver el sepulcro de su amado Lázaro[14], y a la vista de su querida Jerusalén[15]; y el bueno de Jacob se siente traspasado de dolor ante la vestidura ensangrentada de su hijo José[16].

Ahora bien, otras tantas causas aumentan también la complacencia. A medida que el amigo nos es más querido, produce más placer en nosotros su contento, y su bienestar penetra más en nuestra alma, y, si su bien es excelente, es también muy grande nuestro gozo; mas, cuando llegamos a verle en el goce de este bien, no tiene límites nuestra alegría. Al saber Jacob que su hijo vivía *revivió su espíritu*[17].

Ah —dijo— *ya moriré contento,* mi querido hijo, *porque he visto tu rostro y te dejo vivo*[18]. ¡Qué gozo, Dios mío! ¡Y qué bien lo expresa este anciano! Porque quiere decir con estas palabras: *Ya moriré contento, porque he visto tu rostro,* que su alegría es tan grande que es capaz de hacer que sea gozosa y agradable la misma muerte, que es la más triste y la más horrible de cuantas cosas hay en el mundo. *El amor es fuerte como la muerte*[19], y las alegrías del amor vencen las tristezas de la muerte, porque la muerte no las puede matar, sino que las aviva.

V

De la condolencia y complacencia del amor en la Pasión de nuestro Señor

Cuando veo a mi Salvador en el monte de los Olivos, con su *alma triste hasta la muerte*[20]. ¡Jesús! exclamo, ¿quién ha podido acarrear estas tristezas mortales al Alma de la vida, sino el que, excitando la conmiseración, ha introducido, por su medio, nuestras miserias en vuestro corazón soberano? Al ver este abismo de angustias y de congojas en este divino amante, ¿cómo puede el

alma devota permanecer sin un dolor santamente amoroso? Mas, al considerar, por otra parte, que todas las aflicciones de su Amado no proceden de ninguna imperfección ni de falta alguna de fuerzas, sino de la grandeza de su amor, es imposible que, a la vez, no se derrita toda ella de un amor santamente doloroso. Porque, ¿cómo puede una amante fiel contemplar tantos tormentos en su Amado, sin quedar transida, lívida y consumida de dolor?

El amor iguala a los amantes. Yo veo a este querido amante convertido en un *fuego* de amor, que arde entre las *zarzas* espinosas del dolor[21], y me ocurre lo mismo: estoy toda inflamada de amor dentro de las malezas de mis dolores, y soy como un *lirio entre espinas*[22]. ¡Ah! no miréis tan sólo los horrores de mis punzantes dolores, sino mirad también la hermosura de mis agradables amores. Este divino amante padece insoportables dolores, y esto es lo que me entristece y me pasma de angustia; pero también se complace en sufrir, y gusta de estos tormentos y muere contento de morir de dolor por mí. Por esta causa, así como me duelen sus dolores, me encantan sus amores, y no sólo me entristezco con Él, sino también me glorio en Él.

Entonces se practica el dolor del amor y el amor del dolor; entonces la condolencia amorosa y la complacencia dolorosa, *luchando*[23] entre sí acerca de quien tiene más fuerza, ponen al alma en unos pasmos y agonías increíbles y se produce en ella un éxtasis amorosamente doloroso y dolorosamente amoroso. Así aquellas grandes almas, San Francisco y Santa Catalina, sintieron amores no igualados en sus dolores, y dolores incomparables en sus amores, cuando fueron estigmatizados, y saborearon el amor gozoso de padecer por el amigo, que, en grado sumo, había practicado su Salvador en el árbol de la cruz. De esta manera, nace la preciosa unión de nuestro corazón con Dios, la cual, como un Benjamín místico, es a la vez *hija de gozo e hija de dolor*[24].

Es una cosa indecible hasta qué punto desea el Salvador entrar en nuestras almas por este amor de complacencia dolorosa. ¡Ah! —exclama— *ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi purísima, porque está llena de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos*[25]. ¿Qué es este *rocío* y qué es este *relente de la noche,* sino las aflicciones y las penas de la pasión? Quiere, pues, decirnos el divino amor del alma: Yo estoy cargado de las penas y

de los sudores de mi Pasión, toda la cual transcurrió en medio de las tinieblas de la noche o en medio de las tinieblas que produjo el sol, cuando se oscureció en la plenitud del mediodía. Abre, pues, tu corazón hacia Mi, como las madreperlas abren sus conchas del lado del sol, y derramaré sobre ti el rocío de mi Pasión, que se convertirá en perlas de consuelo.

VI

Del amor de benevolencia a nuestro Señor, que practicamos a manera de deseo

Nosotros no podemos desear con verdadero deseo ningún bien a Dios, porque su bondad es infinitamente más perfecta de lo que podemos desear y pensar. El deseo siempre se refiere a un bien futuro, y ninguno es futuro para Dios, pues todo bien está en Él eternamente presente, porque la presencia del bien en su divina Majestad no es otra cosa que la divinidad misma. No pudiendo, pues, desear nada para Dios con deseo absoluto, forjamos ciertos deseos imaginarios y condicionales de esta manera: *Señor, vos sois mi Dios,* que, lleno de vuestra infinita bondad, no podéis *necesitar mis bienes*[26] ni otra cosa alguna; mas, si, imaginamos un imposible, pudiese llegar a creer que os falta algún bien, no cesaría nunca de deseároslo, aun a costa de mi vida, de mi ser y de todo cuanto hay en el mundo.

Se practica también una especie de benevolencia con Dios cuando, al considerar que no podemos engrandecerle en sí mismo, deseamos engrandecerle con nosotros, es decir, hacer siempre más y más grande en nosotros la complacencia que sentimos en su bondad. A imitación de la santísima Reina y Madre del amor, cuya sagrada alma *cantaba las magnificencias*[27] y engrandecía al Señor. Y, para que se supiese que este engrandecimiento se hacía por su complacencia en la divina bondad, añadía que *su espíritu estaba transportado de gozo en Dios su Salvador*[28].

VII

Cómo el deseo de ensalzar y glorificar a Dios nos aleja de los placeres inferiores y nos hace atentos a las divinas perfecciones

Según lo dicho, el amor de benevolencia excita el deseo de acrecentar más y más, en nosotros, la complacencia que sentimos en la divina bondad; y, para lograr este acrecentamiento, el alma se priva cuidadosamente de todo otro placer. El verdadero amante casi no encuentra placer en cosa alguna fuera de la cosa amada. Así *todas las cosas le parecían basura*[29] y lodo al glorioso San Pablo, en comparación con el Salvador. Y la sagrada esposa es toda ella para su Amado: *Mi Amado es todo para mí y yo soy toda para Él*[30]. Y cuando el alma que siente estos santos afectos encuentra a las criaturas, por excelentes que sean, aunque sean los ángeles, no se detiene en ellas, sino en cuanto las necesita para que la socorran y ayuden en sus deseos. Decidme —les pregunta—, decidme, os lo conjuro, *¿no habéis visto al amado de mi alma?*[31].

Para mejor glorificar a su Amado, el alma anda siempre *en busca de su faz*[32]; es decir, con una atención siempre más solícita y ardiente, va dándose cuenta de todos los pormenores de la hermosura y de las perfecciones que hay en Él, progresando continuamente en esta dulce busca de motivos que puedan perpetuamente excitarla a complacerse más y más en la incomprensible bondad que ama. Así David enumera minuciosamente las obras y las maravillas de Dios en muchos de sus salmos celestiales, y la amante sagrada hace desfilar en cánticos divinos, como un ejército bien ordenado, todas las perfecciones de su esposo, una tras otra, para mover a su alma a la santa contemplación, ensalzar, con mayor magnificencia, sus excelencias y someter todos los demás espíritus al amor de su amigo amable[33].

VIII

Cómo la santa benevolencia produce la alabanza del divino Amado

Dios, colmado de una bondad que está por encima de toda alabanza y de todo honor, no recibe ninguna ventaja ni acrecentamiento de bien de todas las bendiciones que le tributamos; no es, por ello, más rico ni más grande, ni más feliz, ni tiene mayor contento, porque su dicha, su contento, su grandeza y sus riquezas no consisten ni pueden consistir en otra cosa que en la divina infinidad de su bondad. Con todo, como quiera que, según nuestra ordinaria manera de ver, el honor es considerado como uno de los más grandes efectos de nuestra benevolencia para con los demás, de suerte que, merced a él, no sólo no suponemos indiferencia alguna en aquellos a quienes honramos, sino que más bien reconocemos que abunda en toda clase de excelencias; de aquí que hagamos objeto de esta benevolencia a Dios, el cual no se limita a agradecerla, sino que la exige, como conforme a nuestra condición, y como cosa tan propia para dar testimonio del amor respetuoso que le debemos, que aún nos manda rendirle y referir a Él todo el honor y toda la gloria.

Así, pues, el alma que se complace mucho en la perfección infinita de Dios, al ver que no puede desear para Él ningún aumento de bondad, porque es ésta infinitamente superior a cuanto se puede desear y aún pensar, desea, a lo menos, que su nombre sea bendito, ensalzado, alabado, honrado y adorado más y más; y, comenzando por su propio corazón, no cesa de moverlo a este santo ejercicio, y, como sagrada abeja, anda revoloteando de acá para allá sobre las flores de las obras y de las excelencias divinas, haciendo acopio de una dulce variedad de complacencias, de las que hace nacer y elabora la miel celestial de las bendiciones, alabanzas y honrosas confesiones, con las cuales, en cuanto le es posible, ensalza y glorifica el nombre de su Amado.

Pero este deseo de alabar a Dios que la santa benevolencia excita en nuestros corazones, es insaciable; porque el alma quisiera disponer de alabanzas infinitas, para tributarlas a su Amado, pues ve que sus perfecciones son más que infinitas, y así, sintiéndose

muy lejos de poder satisfacer sus deseos, hace supremos esfuerzos de afecto para, en alguna manera, alabar a esta bondad tan laudable, y estos esfuerzos de benevolencia se acrecientan admirablemente por la complacencia; porque según el alma va encontrando bueno a Dios, saborea más y más su dulzura, se complace en su infinita belleza, y quisiera entonar más fuertemente las bendiciones y las alabanzas que le rinde.

El glorioso san Francisco, en medio del placer que le causaba el alabar a Dios y el entonar sus cánticos de amor, derramaba abundantes lágrimas y dejaba caer, de puro desfallecimiento, lo que entonces tenía en la mano, permaneciendo, con el corazón desmayado y perdiendo muchas veces el respirar a fuerza de aspirar a las alabanzas de Aquel a quien nunca podía alabar bastante.

IX

Cómo la benevolencia nos mueve a llamar a todas las criaturas, para que alaben a Dios

Tocado y apremiado el corazón por el deseo de alabar más de lo que puede a la divina bondad, después de hacer para ello varios esfuerzos, sale muchas veces de sí mismo para invitar a todas las criaturas a que le ayuden en su designio. Así vemos que lo hicieron los tres jóvenes dentro de aquel horno, en su admirable himno de bendiciones, por el cual exhortan a todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los abismos a dar gracias al Dios eterno y alabarle y bendecirle soberanamente. De la misma manera, el glorioso Salmista, después de haber compuesto un gran número de salmos que empiezan así: *alabad a Dios;* de haber discurrido por todas las criaturas, para invitarlas santamente a bendecir a la majestad celestial, y de haber echado mano de una gran variedad de medio y de instrumentos, para celebrar las alabanzas de esta eterna bondad, al fin, como quien pierde el aliento, concluye toda su sagrada salmodia con esta aspiración: *Que todo espíritu alabe al Señor*[34], es decir, todo lo que vive, que no viva ni respire más que para su Creador.

La complacencia atrae las suavidades divinas hacia el corazón, el cual queda tan lleno de ardor, que permanece como desati-

nado. Pero el amor de benevolencia hace salir nuestro corazón de sí mismo y que se deshaga en deliciosos perfumes, es decir, en toda suerte de santas alabanzas, y no pudiendo, con todo, explayarse cuanto quiera: —exclama— que vengan todas las criaturas a aportar las *flores* de sus bendiciones, las *manzanas* de sus acciones de gracias, de sus honores, de sus adoraciones, para que, en todas partes, se sientan los perfumes derramados a gloria de Aquel cuya infinita dulzura sobrepuja todo honor, y al cual nunca podremos glorificar dignamente.

Esta es la divina pasión que movió a predicar tanto y arrostrar tantos peligros a los Javieres, a los Berzeos, a los Antonios y a esta multitud de Jesuitas, de capuchinos, de toda suerte e religiosos y de eclesiásticos, en las Indias, en el Japón, en el Marañón, para hacer conocer, reconocer y adorar el santo nombre de Jesús, en medio de tantos pueblos. Esta es la pasión santa, que ha hecho escribir tantos libros de piedad, fundar tantas iglesias, levantar tantos altares, tantas casas piadosas, en una palabra, que hace velar, trabajar y morir a tantos siervos de Dios entre las llamas del celo que las consume y devora.

X

Cómo el deseo de amar a Dios nos hace aspirar al cielo

Cuando el alma enamorada ve que no puede saciar el deseo que siente de alabar a su Amado, mientras vive entre las miserias de este mundo, y sabedora de que las alabanzas, que se tributan en el cielo de la divina bondad, se cantan con un aire incomparablemente más elevado, exclama: ¡Cuán laudables son las alabanzas que los espíritus bienaventurados entonan ante el trono de mi rey celestial! ¡Oh qué dicha oír aquella santísima y eterna melodía, en la cual, por un suavísimo conjunto de voces diferentes y tonos distintos, hacen que resuenen por todos lados perpetuas *aleluyas*!

¡Cuán amable es este templo, donde todo resuena en alabanzas! ¡Qué dulzura para los que viven en esta morada santa, donde tantos ruiseñores celestiales entonan, con una santa emulación de amor, los himnos de la suavidad eterna!

Luego, el corazón que, en este mundo, no puede cantar ni oír a su placer las divinas alabanzas, siente un deseo sin igual de ser liberado de los lazos de esta vida, para partir hacia la otra, donde es perfectamente alabado el amante celestial, y este deseo, una vez dueño del corazón, se hace tan potente y apremiante en el pecho de los sagrados amantes, que, echando fuera los demás deseos, les hace sentir hastío por todas las cosas de la tierra, y hace que el alma desfallezca y enferme de amor, y esta pasión va a veces tan lejos, que, si Dios lo permite, llega a causar la muerte.

He aquí por qué el glorioso y seráfico amante San Francisco, después de haber sido agitado, durante mucho tiempo, por este vehemente deseo de alabar a Dios, en sus últimos años, cuando por una especial revelación obtuvo la certeza de su salud eterna, no podía contener su gozo y se consumía de día en día, como si su vida y su alma se evaporasen, como el incienso, sobre el fuego de las ardientes ansias que tenía de ver a su Señor, para alabarle incesantemente; de suerte que, habiendo estos ardores tomado todos los días mayor incremento, salió su alma del cuerpo por un arranque hacia el cielo. Porque la divina Providencia quiso que muriese pronunciando estas santas palabras: *Saca de esta cárcel a mi alma, oh Señor, para que alabe tu nombre; esperando están los justos el momento en que me des la tranquilidad deseada*[35].

Este santo admirable, como un orador que quiere concluir y cerrar todo su discurso con alguna breve sentencia, puso fin a todos sus anhelos y deseos, de los cuales estas sus últimas palabras fueron como el compendio; palabras a las cuales juntó tan estrechamente su alma, que expiró cuando las pronunciaba. ¡Qué dulce y amable muerte fue aquella!

XI

Cómo practicamos el amor de benevolencia en las alabanzas que nuestro Redentor y su Madre dan a Dios

En este santo ejercicio, vamos subiendo de grado en grado, por las criaturas que nos invitan a alabar a Dios, pasando de las insensibles a las racionales e intelectuales, y de la Iglesia militante a

la triunfante, en la cual nos remontamos, por los ángeles y los santos, hasta que sobre todos ellos encontramos a la santísima Virgen, que con un tono incomparable alaba y glorifica a Dios más alta, santa y deliciosamente de lo que todas las criaturas juntas jamás podrían hacer.

Por esto el rey celestial la invita particularmente a cantar: *Muéstrame tu faz, amada mía* —dice—, *suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce, y lindo tu rostro*[36].

Mas estas alabanzas, que esta *Madre del amor hermoso*[37], con todas las criaturas, da a la Divinidad, aunque excelentes y admirables, son, con todo, infinitamente inferiores al mérito de la bondad de Dios. Va, pues, ésta más lejos, e invita al Salvador a alabar y glorificar al padre celestial con todas las bendiciones que su amor filial puede inspirarle. Y encontes, Teótimo, el espíritu llega a un punto de silencio, pues no podemos hacer otra cosa que admirarnos. ¡Oh, qué cántico el del Hijo al Padre! ¡Cuán *hermoso es este Amado entre los hijos de los hombres!* ¡Qué dulce es su voz, como que brota de los labios en los cuales *está derramada la plenitud de la gracia!*[38]. Todos los demás están perfumados, pero Él es el perfume mismo; todos los demás están embalsamados, pero Él es el mismo bálsamo[39]. El Padre eterno recibe las alabanzas de los demás como el olor de las flores; pero, al oír las bendiciones que el Salvador le da, exclama sin dudar: *He aquí el olor de las alabanzas de mi Hijo, como el olor de un campo florido, el cual bendijo el Señor*[40].

He aquí a este divino amor del Amado, como se pone detrás de la pared de su humanidad[41]; ved como está atisbando por las llagas de su cuerpo y por la hendidura de su costado, como por unas *ventanas y celosías,* a través de las cuales nos *mira.*

Sí, Teótimo, el amor divino sentado sobre el corazón del Salvador, como sobre su trono real, mira por la hendidura de su costado a todos los corazones de los hijos de los hombres.

Si le viésemos tal como es, moriríamos de amor por Él, pues somos mortales, como Él murió por nosotros mientras fue mortal, y como moriría ahora si no fuese inmortal. ¡Oh si oyésemos a este divino corazón cantar con voz de infinita dulzura el cántico de alabanzas a la divinidad! ¡Qué gozo, qué esfuerzos los de nuestro corazón, para lanzarse a oírle para siempre! Este querido amigo de nues-

tras almas nos mueve ciertamente a ello: *Ea, levántate* —dice—, *sal de ti misma, levanta el vuelo hacia Mí, paloma mía, hermosa mía*[42], hacia esta morada, donde todo es gozo y donde todas las coas no respiran sino alabanzas y bendiciones. Todo florece allí[43]; todo esparce dulzuras y perfumes; las *tórtolas* dejan oír sus arrullos por el ramaje; ven, amada mía muy querida, y, para verme mejor, corre a las mismas ventanas por las cuales te miro; ven a contemplar mi corazón en la abertura de mi costado, que fue abierta cuando mi cuerpo, fue tan lastimosamente destrozado en el árbol dela cruz; *ven y muéstrame tu rostro*[44]. *Haz que oiga tu voz*[45], porque quiero juntarla con la mía; así será *lindo tu rostro y dulce tu voz*[46]. ¡Qué suavidad en nuestros corazones cuando nuestras voces unidas y mezcladas con la del Salvador participarán de la infinita dulzura de las alabanzas que este Hijo muy amado tributa a su eterno Padre!

XII

De la soberana alabanza con que Dios se alaba a sí mismo y del ejercicio de benevolencia que en ella practicamos

Todas las acciones humanas de nuestro Salvador son infinitas en valor y en mérito, por razón de la persona que las produce, que es un mismo Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Mas no por esto es infinita la naturaleza y la esencia de estas acciones. Porque aunque las hace la persona divina, no las hace según toda la extensión de su infinidad, sino según la grandeza finita de su humanidad, por la cual las hace. De suerte que, así como las acciones humanas de nuestro dulce Salvador son infinitas, en comparación con las nuestras, son, por el contrario, finitas, en comparación con la infinidad esencial de la Divinidad.

Por esta causa, después del primer pasmo causado por la admiración que se apodera de nosotros ante una alabanza tan gloriosa, como lo es la que el Salvador da a su Padre, no podemos dejar de reconocer que la Divinidad todavía es más laudable, pues no puede ser alabada ni por todas las criaturas ni por la humanidad misma de su Hijo eterno, sino por sí misma, que es la única que

puede dignamente nivelar su suma bondad con una suprema alabanza.

Entonces exclamamos: *Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.* Y, para que se sepa que no es la gloria de las alabanzas creadas la que deseamos a Dios por esta aspiración, sino la gloria esencial y eterna, que tiene en sí mismo, por sí mismo y de sí misma y la cual es Él mismo, añadimos: *Como la tenía en un principio, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.* Como si le dijésmos, al expresar este deseo: ¡Quesea Dios glorificado con la gloria que, antes de toda criatura, tenía en su infinita eternidad y en su eterna infinidad! Esta es la causa por la cual añadimos este versículo de gloria a cada salmo y a cada cántico, según la costumbre antigua de la Iglesia oriental, cuya introducción en Occidente pidió San Jerónimo al papa San Dámaso, en reconocimiento de que todas las alabanzas humanas y angélicas son demasiado bajas para poder ensalzar dignamente a la divina bondad y que, para que ésta pueda ser dignamente alabada, es menester que sea ella misma su propia gloria, su alabanza, y su bendición.

¡Qué complacencia, qué gozo para el alma que ama, ver su deseo satisfecho, pues su Amado es infinitamente alabado, bendecido y glorificado por sí mismo! Y, aunque al principio el alma amante haya sentido ciertos deseos de poder alabar lo bastante a Dios, con todo, al volver sobre sí misma, reconoce que no puede alabarle cual conviene y permanecer en una humilde complacencia, al ver que la divina bondad es infinitamente laudable y que sólo puede ser suficientemente alabada por su propia infinidad.

Al llegar a este punto, el corazón, en un transporte de admiración, entona el himno del silencio sagrado.

Es así como los serafines de Isaías, cuando adoran y alaban a Dios, *cubren su faz y sus pies*[47], para confesar su insuficiencia en conocer y servir bien a Dios; pues los pies, sobre los cuales andamos, representan la servidumbre, pero *vuelan con dos alas*[48], movidas continuamente por la complacencia y la benevolencia, y su amor toma su descanso en medio de esta dulce inquietud.

El corazón del hombre nunca está tan inquieto como cuando le impiden el movimiento, por el cual se dilata y se contrae sin cesar, y nunca está tan sosegado como cuando se siente libre en sus movimientos; de suerte que su tranquilidad está en el movimiento.

Ahora bien, lo mismo le ocurre al amor de los serafines y de todos los hombres seráficos, porque este amor tiene su descanso en su continuo movimiento de complacencia, por el cual Dios le atrae hacia Sí, como comprimiéndole, y en su movimiento de benevolencia, por el cual se lanza y se arroja todo en Dios. Este amor desearía ver las maravillas de la infinita bondad de Dios, pero *dobla las alas* de este deseo *sobre su rostro,* reconociendo que no lo puede conseguir. Desearía también prestarle algún servicio digno de Él, pero dobla este deseo sobre sus pies, confesando que no puede, y solamente le quedan las *dos alas* de la complacencia y de la benevolencia, con las cuales vuela y se remonta hacia Dios.

LIBRO SEXTO

De los ejercicios del amor santo en la oración

I

Descripción de la teología mística, la cual no es otra cosa que la oración

Dos son los principales ejercicios de nuestro amor a Dios: uno afectivo y otro efectivo, o activo; por el primero nos aficionamos a Dios y a todo lo que a Él place; por el segundo servimos a Dios y hacemos lo que Él ordena. Aquel nos une a la bondad de Dios; éste nos hace cumplir sus voluntades. El uno nos llena de complacencia, de benevolencia, de aspiraciones, de deseos, de suspiros, de ardores espirituales, y nos hace practicar las sagradas infusiones y amalgamas de nuestro espíritu con el de Dios; el otro derrama en nosotros la sólida resolución, la firmeza de ánimo y la inquebrantable obediencia, necesaria para poner en práctica las disposiciones de la voluntad divina, y para sufrir, aceptar, aprobar y a abrazar todo cuanto proviene de su beneplácito.

Ahora bien, el primer ejercicio consiste principalmente en la oración. No tomamos aquí la palabra oración en el sentido exclusivo de ruego o petición de algún bien, dirigido a Dios por los fieles, como la llama San Basilio, sino en el sentido en que comprende todos los actos de la contemplación. La oración es una subida o elevación del alma hacia Dios; es un coloquio, una plática o una conversación del alma con Él.

Mas ¿de qué tratamos en la oración? ¿Cuál es el tema de nuestra conversación? En ella, Teótimo, no se habla sino de Dios; porque ¿acerca de qué puede platicar y conversar el amor más que del amado? Por esta causa, la oración y la teología mística no son sino una misma cosa. Se llama teología porque, así como la teología

especulativa tiene por objeto Dios, también ésta no habla sino de Dios, pero con tres diferencias: 1.ª, aquélla trata de Dios en cuanto es Dios, y ésta habla de Él en cuanto es sumamente amable; 2.ª, la teología especulativa trata de Dios con los hombres y entre los hombres; la teología mística habla de Dios con Dios y en Dios; 3.ª, la teología especulativa tiende al conocimiento de Dios, y la mística, al amor, de suerte que aquélla hace a sus alumnos sabios, doctos y teólogos; mas ésta los hace fervorosos, apasionados y amantes de Dios.

Se llama, además, mística, porque en ella la conversación es del todo secreta, y nada se dice entre Dios y el alma que no sea de corazón a corazón, mediante una comunicación incomunicable a otros que no sean aquellos entre los cuales existe. Es tan particular el lenguaje de los amantes, que nadie lo entiende sino ellos. Donde reina el amor, no es menester el bullicio de palabras exteriores; ni el uso de los sentidos, para hablarse y oírse los que se aman. Resumiendo, la oración y la teología mística no son más que una conversación, por la cual el alma habla amorosamente con Dios de su amabilísima bondad, para juntarse y unirse con ella.

II

De la meditación, primer grado de la oración o teología mística

La meditación lo mismo puede hacerse para el bien que para el mal. Sin embargo, la palabra meditación se emplea ordinariamente en el sentido de atención a las cosas divinas, para excitarse al amor de las mismas.

Ocurre a muchos que andan siempre pensando y con la atención fija en ciertas cosas inútiles, sin saber siquiera en lo que piensan; y lo más maravilloso del caso es que atienden como por inadvertencia, y quisieran no tener tales pensamientos. Otros muchos estudian y, por una ocupación muy laboriosa, se llenan de vanidad, no pudiendo resistir a la mera curiosidad; pero son muy pocos los que se dedican a meditar para inflamar su corazón en el santo amor celestial. En una palabra, el pensamiento y el estudio se em-

plean en toda suerte de cosas; pero la meditación, según acabamos de decir, sólo mira los objetos cuya consideración puede hacernos buenos y devotos. De suerte que la meditación no es otra cosa que un pensamiento atento, reiterado o entretenido voluntariamente en el espíritu, para mover la voluntad a santos y saludables afectos y resoluciones.

La abeja revolotea, en primavera, de acá para allá, no a la ventura, sino de intento; no para recrearse tan sólo contemplando la variedad del paisaje, sino para buscar la miel; y, en hallándola, la chupa y carga con ella; la lleva después a la colmena, la dispone con primor, separándola de la cera, y construye con ésta el panal, en el cual guarda la miel para el próximo invierno. Tal es el alma devota en la meditación: anda de misterio en misterio, más no volando al acaso, ni para consolarse tan sólo contemplando la admirable hermosura de estos divinos objetos, sino con propósito y de intento, para encontrar motivos de amor o de algún celestial afecto; y, una vez los ha encontrado, los recoge, los saborea, carga con ellos, y, cuando los tiene reunidos y colocados dentro de su corazón, pone en lugar aparte lo que le parece menos propio para su aprovechamiento, y hace las resoluciones convenientes para el tiempo de la tentación. De esta manera, la celestial esposa, como una abeja mística, anda revoloteando, en el Cantar de los Cantares, sobre su amado, para sacar la suavidad de mil amorosos afectos, haciendo notar, en todos sus pormenores, todo cuanto halla de raro; de suerte, que, abrasada toda ella en el celeste amor, habla con él, le pregunta, le escucha, suspira, aspira a él y le admira; y él, a su vez, la colma de contento, la inspira, la conmueve y abriéndole el corazón, derrama sobre ella claridades, luces y dulzuras sin fin, pero de una manera tan secreta, que se puede muy bien decir de esta santa conversación del alma con Dios lo que el sagrado Texto dice de la conversión de Dios con Moisés, a saber, que, estando *Moisés* sólo en la cumbre de la montaña, *hablaba* a Dios, *y Dios le respondía*[1].

III

Descripción de la contemplación, y de la primera diferencia que hay entre ella y la meditación

La contemplación, Teótimo, no es más que una amorosa, simple y permanente atención del espíritu a las cosas divinas lo que fácilmente entenderás, si la comparas con la meditación.

Las pequeñas abejas se llaman ninfas o larvas hasta que fabrican la miel, y entonces se llaman abejas. Asimismo la oración se llama meditación hasta que produce la miel de la devoción; después de esto se convierte en contemplación.

El deseo de obtener el amor divino nos hace meditar, pero el amor obtenido nos hace contemplar, porque el amor hace que encontremos una suavidad tan grande en la cosa amada, que no se harta nuestro espíritu de verla y considerarla.

Así como José fue la corona y la gloria de su padre, y acrecentó en gran manera sus honores y su contento, e hizo que se rejuveneciera en su vejez, así también la contemplación corona a su padre, que es el amor, lo perfecciona, y le comunica el colmo de la excelencia. Porque después que el amor ha excitado en nosotros la atención contemplativa, esta atención hace nacer, recíprocamente, un más grande y fervoroso amor, el cual, finalmente, es coronado de perfección cuando goza de lo que ama. El amor hace que nos complazcamos en la visión del amado, y la visión del amado hace que nos complazcamos en su divino amor; de suerte que, por este mutuo movimiento del amor a la visión y de la visión al amor, así como el amor hace que sea más bella la belleza de la cosa amada, asimismo la visión de ésta hace que el amor sea más amoroso y deleitable. El amor, por una imperceptible facultad, hace que parezca más bella la belleza amada; y la visión, a su vez, refina el amor, para que encuentre la belleza más amable; el amor impele a los ojos a contemplar con mayor atención la belleza amada, y la visión fuerza al corazón a amarla con mayor ardor.

IV

Que, en este mundo, el amor trae su origen, mas no su excelencia, del conocimiento de Dios

Mas, ¿quién tiene más fuerza, el amor para hacernos mirar al amado, o la visión para hacer que le amemos? El conocimiento se requiere para la producción del amor; porque nunca podemos amar lo que no conocemos, y, a medida que aumenta el conocimiento atento del bien, toma también mayor incremento el amor, con tal que nada haya que impida su movimiento. Acaece, empero, muchas veces que, habiendo el conocimiento producido el amor sagrado, no se detiene éste en los límites del conocimiento, que está en el entendimiento, sino que se adelanta y va mucho más allá que aquél; de suerte que, en esta vida mortal, podemos tener más amor que conocimiento de Dios, por lo que asegura santo Tomás que, con frecuencia, los más sencillos abundan en devoción y son ordinariamente más capaces del amor divino que los ilustrados y más sabios.

Ahora bien, en el amor sagrado, nuestra voluntad no es movida a él por un conocimiento natural, sino por la luz de la fe, la cual, dándonos a conocer, con toda seguridad, la infinidad del bien que hay en Dios, nos da harta materia para que le amemos con todas nuestras fuerzas. Este conocimiento obscuro, envuelto en muchas nubes, como es el de la fe, nos mueve infinitamente al amor de la bondad que nos hace entrever. Luego ¡cuánta verdad es, según exclamaba San Agustín, que los ignorantes arrebatan los cielos, mientras que muchos sabios se hunden en los infiernos!

¿Quién te parece, Teótimo, que amaría más la luz, el ciego de nacimiento que supiese todo cuanto los filósofos han discurrido acerca de ella y todas las alabanzas que se le han tributado, o el labrador que, con clarísima visión, siente y gusta del agradable esplendor del sol naciente? Aquél tiene más conocimiento, y éste más goce; y este goce produce un amor más vivo y animado que el que engendra el simple conocimiento del discurso; porque la experiencia de un bien lo hace infinitamente más amable que toda la ciencia que acerca de él se puede poseer. Comenzamos a amar por el conocimiento que la fe nos da de la bondad de Dios, la cual, des-

pués, saboreamos y gustamos por el amor; y el amor aviva nuestro gusto, y el gusto refina nuestro amor, de suerte que, así como las olas, agitadas por las ráfagas del viento, se encumbran como a porfía, al chocar entre sí; de una manera parecida el gusto del bien realza el amor al mismo, y el amor realza el gusto, según ya lo dijo la divina sabiduría: *Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben*[2]. ¿Quién amó más a Dios, el teólogo Okam, a quien algunos llamaron el más sutil de los mortales, o santa Catalina de Génova, mujer ignorante? Aquél le conoció mejor por la ciencia, ésta por la experiencia, y la experiencia de ésta la condujo muy adelante en el amor seráfico, mientras aquél, con toda su ciencia, permaneció muy alejado de esta tan excelente perfección.

Con todo es menester confesar que la voluntad, atraída por el deleite que siente en su objeto, se siente más fuertemente movida a unirse con él, cuando el entendimiento, por su parte, le da a conocer la excelencia de su bondad; porque entonces es atraída e impelida a la vez: impelida por el conocimiento, y atraída por el deleite; de suerte que la ciencia no es, de suyo, contraria, en manera alguna, a la devoción; y, si ambas andan juntas, se ayudan admirablemente, si bien acontece, con demasiada frecuencia, que, a causa de nuestra miseria, la ciencia impide el nacimiento de la devoción, pues la ciencia hincha y enorgullece, y el orgullo, que es contrario a toda virtud, es la ruina de la devoción. Ciertamente, la ciencia eminente de Cipriano, Agustín, Hilario, Crisóstomo, Basilio, Gregorio, Buenaventura y Tomás, no sólo ilustró mucho, sino también refinó en gran manera su devoción, y, recíprocamente, su devoción no sólo realzó, sino también perfeccionó extraordinariamente su ciencia.

V

Segunda diferencia entre la meditación y la contemplación

La meditación considera, en sus pormenores y como pieza por pieza, los objetos capaces de movernos; mas la contemplación produce una visión enteramente simple y de conjunto del objeto

amado, y esta consideración así unificada mueve también más viva y fuertemente.

San Bernardo había meditado toda la Pasión paso por paso después, reunidos los principales puntos, formó con ellos un ramillete de amoroso dolor, y, poniéndolo sobre su pecho, para convertir su meditación en contemplación, exclamó: *Manojito de mirra es para mí el amado mío*[3].

Después de haber producido una gran cantidad de diversos afectos piadosos, por la multitud de consideraciones de que se compone la meditación, reunimos, finalmente, la virtud de todos ellos, los cuales, de la confusión y mezcla de sus fuerzas, hacen nacer una especie de quintaesencia afectuosa, que es mucho más activa y potente que todos los afectos de los cuales procede; de suerte que, si bien no es sino uno solo, contiene la virtud y la propiedad de todos los demás, y se llama afecto contemplativo.

De una manera parecida —dicen los teólogos—, los ángeles más elevados en gloria tienen de Dios y de las criaturas un conocimiento mucho más simple que sus inferiores, y que las especies o ideas por las cuales ven son más universales; de suerte que, las cosas que los ángeles menos perfectos ven mediante varias especies y diversas miradas, los más perfectos las ven con menos especies y menos actos de su visión. Y el gran San Agustín, a quien sigue Santo Tomás, dice que en el cielo no tendremos estas grandes mudanzas, variedades, cambios y rodeos de pensamientos e ideas, que van y vienen de un objeto a otro y de una cosa a otra, sino que, con un solo pensamiento, podremos atender muchas y diversas cosas, y poseer su conocimiento. A medida que el agua se aleja de su origen, se divide y derrama en diversos surcos, si no se tiene gran cuidado en encauzarla toda junta, y las perfecciones se separan y dividen a medida que se alejan de Dios, que es su fuente; mas, cuando se acercan a Él, se unen, hasta quedar abismadas en aquella soberana y única perfección, que es *la unidad necesaria de la mejor parte, que Magdalena escogió y que, en manera alguna, le será arrebatada*[4].

VI

Que la contemplación se hace sin esfuerzo y que ésta es la tercera diferencia entre ella y la meditación

La simple visión de la contemplación tiene lugar de una de estas tres maneras. Unas veces, miramos solamente una de las perfecciones de Dios, por ejemplo, su infinita bondad, y, aunque ve en ella la justicia, la sabiduría y el poder, atiende tan sólo a la bondad, a la cual la simple visión de la contemplación se dirige. A veces, consideramos las muchas grandezas y perfecciones de Dios en conjunto y tan sencillamente, que no podemos decir cosa alguna en particular, sino que todo es perfectamente bueno y bello. Finalmente, otras veces, miramos, no varias ni una sola de las perfecciones, sino únicamente alguna acción o alguna obra divina, en la cual nos fijamos, por ejemplo, en el acto de la creación, o en el de la resurrección de Lázaro, o de la conversión de San Pablo; Entonces, Teótimo, el alma hace como un vuelo de amor, no sólo sobre la acción que considera, sino sobre aquel de quien procede: *Bueno sois, Señor; instruidme, pues, por vuestra bondad en vuestras justas disposiciones*[5]. *¡Oh, cuán dulces son a mis entrañas tus palabras, más que la miel a mi boca!*[6]. O como Santo Tomás: *Señor mío y Dios mío*[7].

Mas, en cualquiera de las tres maneras dichas, la contemplación siempre tiene esta excelente ventaja, a saber, que se hace con placer, pues presupone que se ha encontrado a Dios y su santo amor, que el alma se goza en Él y se deleita en Él, diciendo: *Encontré al que ama mi alma; asile y no le soltaré*[8]. En lo cual se diferencia de la meditación, que se hace siempre con dificultad y trabajo, y mediante el discurso, andando nuestro espíritu de consideración en consideración, buscando en diversos parajes al amado de su amor y el amor de su amado. En la meditación, trabaja Jacob para alcanzar a Raquel; pero goza de ella y se olvida de todos sus trabajos en la contemplación.

De ordinario, para llegar a la contemplación, tenemos necesidad de escuchar la divina palabra; de entablar conversaciones y pláticas espirituales con los demás, como lo hicieron los antiguos anacoretas; de leer libros devotos; de orar; de meditar; de cantar

himnos; de formar buenos pensamientos. Por esto, siendo la santa contemplación el fin y el blanco al cual tienden estos ejercicios, todos se reducen a ella, y los que los practican se llaman contemplativos; como también esta ocupación se llama vida contemplativa, por causa de la acción de nuestro entendimiento, por la cual contemplamos la verdad de la belleza y de la bondad divina con una atención amorosa, es decir, con un amor que nos hace atentos, o bien, con una atención que nace del amor y aumenta el que tenemos a la infinita suavidad de nuestro Señor.

VII

Del recogimiento amoroso del alma en la contemplación

No hablo aquí del recogimiento por el cual los que quieren orar se ponen en la presencia de Dios, entrando dentro de sí mismos, y recogiendo, por decirlo así, su alma en su corazón, para mejor hablar con Dios; porque este recogimiento se procura por mandato del amor, el cual, al incitarnos a la oración, nos obliga a emplear este medio, para hacerla cual conviene; de suerte que este recogimiento de nuestro espíritu es obra nuestra. El recogimiento del cual ahora hablamos no se produce porque lo ordena el amor, sino por el mismo amor, es decir, no depende de nuestras elección, porque no está en nuestras manos el tenerlo cuando queremos, ni de nuestra diligencia; es Dios quien nos lo da, por su santa gracia, cuando le place. El que escribió —dice la bienaventurada madre Teresa de Jesús— que la oración de recogimiento se hace a la manera del erizo o de la tortuga cuando se retira dentro de sí, lo entendió muy bien, excepción hecha de que estos animales se retiran en sí mismos cuando gustan, siendo así que el recogimiento no está en nuestra voluntad, sino que viene cuando Dios quiere hacernos esta gracia.

Esto se hace de esta manera. Nada es tan natural al bien como unir y atraer hacia sí las cosas que pueden sentirlo, como ocurre con nuestras almas, las cuales buscan siempre y se dirigen hacia su tesoro, es decir, hacia lo que aman. Sucede, pues, a veces, que nuestro Señor derrama imperceptiblemente en el fondo del cora-

zón cierta dulce suavidad, que da testimonio de su presencia, y, entonces, las potencias, y aun los sentidos externos del alma, por una especie de secreto consentimiento, se vuelven del lado de aquella parte interior.

¡Dios mío! —dice entonces el alma—, a imitación de San Agustín, ¿dónde os buscaba, bondad infinita? Os buscaba fuera, y estabais en medio de mi corazón.

Imagina, Teótimo, a la Santísima Virgen nuestra Señora, cuando concibió al Hijo de Dios, su único amor. El alma de esta madre amada se concentró, sin duda, toda ella alrededor de este amado Hijo, y porque este divino amigo estaba en medio de sus sagradas entrañas, todas las facultades de su alma se recogieron en ellas, como santas abejas dentro de la colmena donde estaba su miel. No lanzaba sus pensamientos ni sus afectos fuera de sí misma, pues su tesoro, sus amores y sus delicias estaban en medio de sus sagradas entrañas.

Este mismo contento pueden sentir, por imitación, los que, habiendo comulgado, saben, con certeza de fe, lo que *ni la carne ni la sangre, sino el Padre celestial les ha revelado*[9], es decir que su Salvador está en cuerpo y alma presente, con una presencia enteramente real, en su cuerpo y en su alma, por este adorabilísimo sacramento; así sucede a muchos santos y devotos fieles, que, habiendo recibido el divino sacramento, su alma se cierra, y todas las facultades se recogen, no sólo para adorar a este Rey soberano, nuevamente presente, con una presencia admirable, en sus entrañas, sino también por el increíble consuelo y refrigerio espiritual de que gozan, al sentir, por la fe, este germen divino de inmortalidad en su interior. Donde has de advertir cuidadosamente, Teótimo, que a fin de cuentas, todo este recogimiento es obra del amor, el cual, al sentir la presencia del Amado por los alicientes que derrama en medio del corazón, concentra y refiere toda el alma hacia Aquél, por una amabilísima inclinación, por un dulcísimo rodeo y por un delicioso repliegue de todas las facultades del lado del amado, que las atrae hacia Sí con la fuerza de su suavidad, con la cual ata y arrastra los corazones, como se arrastran los cuerpos con cuerdas y lazos materiales.

Pero este dulce recogimiento de nuestra alma, no sólo se produce por el sentimiento de la divina presencia, sino también por

cualquiera manera que tengamos de ponernos ante ella. Acaece, a veces, que todas nuestras potencias interiores se concentran y encierran en sí mismas, por la extremada reverencia y dulce temor que se apodera de nosotros, al considerar la soberana majestad de aquel que está presente en nosotros y que nos mira.

Conocí un alma que, en cuanto se hablaba de algún misterio o se repetía alguna sentencia que le recordaba de una manera más expresiva que de ordinario la presencia de Dios, así en la confesión como en cualquiera conversación particular, se concentraba tan fuertemente en sí misma, que a duras penas podía salir de sí para hablar y responder; de suerte que, en su exterior, permanecía como destituida de vida y con todos sus sentidos aletargados, hasta que el Esposo le permitía salir de este estado, lo cual unas veces ocurría en seguida, pero otras mucho más tarde.

VIII

Del reposo del alma recogida en su amado

Recogida así el alma dentro de sí misma, en Dios o delante de Dios, permanece, en alguna ocasión, tan dulcemente atenta a la bondad de su Amado, que le parece que su atención casi no es suya; tan sencilla y delicadamente la ejercita.

Los amantes humanos se contentan, a veces, con permanecer junto o a la vista de la persona amada sin hablarle, y sin discurrir acerca de ella o de sus perfecciones, saciados y satisfechos, según parece, con saborear esta amable presencia, no por medio de consideración alguna sobre ella, sino por cierta calma y reposo de su espíritu: *Mi Amado es para mi, y yo soy de mi Amado, el cual apacienta su rebaño entre azucenas, hasta que declina el día y caen las sombras*[10].

Ahora bien, este reposo va, a veces, tan lejos en su apacibilidad, que toda el alma y todas las potencias permanecen como adormecidas, sin movimiento ni acción alguna, fuera de la voluntad; y aun ésta no hace otra cosa que recibir el bienestar y la satisfacción que la presencia del Amado le comunica. Y lo más admirable es que la voluntad no se da cuenta de este bienestar y de

este contento que recibe, gozando insensiblemente de ellos, puesto que no piensa en sí misma, sino tan sólo en la presencia de Aquel que le comunica este placer, tal como suele ocurrir muchas veces cuando, sorprendidos por un ligero sueño, entreoímos únicamente lo que nuestros amigos dicen junto a nosotros, pero sin darnos cuenta de ello.

Sin embargo, el alma que, en este dulce reposo, goza del delicado sentimiento de la presencia divina, aunque no se dé cuenta de este gozo, da a entender bien a las claras cuán preciado y amable es para ella, cuando se lo quieren arrebatar o cuando alguna cosa le desvía de él; porque entonces la pobre alma, deshecha en lamentos, grita y, a veces, llora, como un niño pequeño al cual despiertan cuando dormía bien, mostrando la satisfacción que sentía de su sueño, por el dolor que manifiesta al despertar. Por lo que el Pastor divino *conjura a las hijas de Sión por los corzos y los ciervos de los campos que no despierten a su amada hasta que ella quiera*[11], es decir, hasta que despierte por sí mismo. No, Teótimo, el alma de esta manera sosegada en su Dios no dejaría nunca este reposo por los mayores bienes del mundo.

Esta era la quietud de santa Magdalena, cuando *sentada a los pies* de su Maestro, *escuchaba su santa palabra*[12]. Contémplala, Teótimo: está sumida en una profunda tranquilidad; no dice una palabra, no llora, no solloza, no suspira, no se menea, no ora. Marta, toda atareada, pasa y vuelve a pasar por aquella sala. María ni piensa en ella. ¿Pues qué hace? No hace nada; *escucha.* ¿Y qué quiere decir *escucha*? Quiere decir que está allí como un vaso de honor, para recibir gota a gota la *mirra* de la suavidad que *los labios de su Amado* destilan sobre su corazón[13]; y este divino amante, celoso del amoroso sueño y reposo de su amada, reprende a Marta, que quiere despertarla: *Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas; y, a la verdad, que una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada*[14]. Mas, ¿cuál fue la parte de María? El permanecer en paz, en reposo y en quietud junto a su dulce Jesús.

Luego, cuando te halles en esta simple y pura confianza filial junto a nuestro Señor, permanece en ella, mi querido Teótimo, sin moverte en manera alguna para hacer actos sensibles, ni del entendimiento ni de la voluntad; porque este amor simple de confianza

y este adormecimiento amoroso de tu espíritu en los brazos del Salvador contiene, por excelencia, todo cuanto puedas andar buscando para tu placer. Es mejor dormir en este sagrado pecho, que velar fuera de él, donde quiera que sea.

IX

De los diversos grados de esta quietud, y cómo hay que conservarla

El alma a quien Dios concede la santa quietud en la oración, se ha de abstener, en lo posible, de volver los ojos sobre sí misma y sobre su reposo, el cual, para ser guardado, no puede ser curiosamente mirado; porque, quien se aficiona a él con exceso, lo pierde, y la regla justa de la recta afición consiste en no aficionarse. Así es menester que, al darnos cuenta de que nos hemos distraído por la curiosidad de saber lo que hacemos en la oración, encaminemos al punto nuestro corazón hacia la dulce y apacible atención de la cual nos habíamos desviado.

Sin embargo, no hemos de creer que corramos peligro de perder esta sagrada quietud a causa de los actos del cuerpo o del espíritu que no son debidos ni a ligereza ni a indiscreción. Porque, como dice la bienaventurada madre Teresa, es una superstición ser demasiado celoso de este reposo, hasta el extremo de no toser, ni respirar por miedo de perderlo, ya que Dios, que da esta paz, no la retira por tales movimientos necesarios, ni por las distracciones o divagaciones del espíritu, cuando son involuntarias. Además, la voluntad, una vez gustado el cebo de la divina presencia, no deja de saborear sus dulzuras, aunque el entendimiento y la memoria se le escapen y anden a la desbandada tras los pensamientos extraños e inútiles.

Es verdad que nunca la quietud del alma es tan grande como cuando el entendimiento y la memoria van acordes con la voluntad; pero, con todo, nunca deja de existir una verdadera tranquilidad espiritual, pues ésta reina en la voluntad, que es la señora de todas las demás facultades. Hemos visto el caso de un alma, en gran manera entregada y unida a Dios, la cual, a pesar de ello, con-

servaba el entendimiento y la memoria tan libres de toda ocupación interior, que oía distintamente lo que se decía en torno suyo y lo retenía fuertemente, aunque le era imposible responder ni desprenderse de Dios, al cual estaba adherida por la aplicación de la voluntad, de tal manera que no podía ser retirada de esta ocupación sin sentir gran dolor, que la provocaba a gemidos, aun en lo más fuerte de su consolación y reposo.

Con todo, la paz del alma es mucho mayor y más dulce cuando no se hace el menor ruido a su alrededor, y cuando nada la obliga a ningún movimiento ni del corazón ni del cuerpo, pues siempre prefiere ocuparse en la suavidad de la presencia divina; mas. cuando no puede impedir las distracciones de las demás facultades, conserva, a lo menos, la quietud en la voluntad, que es la facultad por la cual recibe el gozo del bien. Y advierte que la voluntad, retenida en su quietud por el placer que le causa la presencia divina, no hace el menor movimiento para reducir a las demás potencias, cuando éstas se extravían, porque, si quisiera acometer esta empresa, perdería su reposo, apartándose de su Amado, y se fatigaría inútilmente, corriendo de acá para allá, para dar alcance a estas potencias veleidosas las cuales de ninguna otra manera pueden ser mejor encaminadas hacia su deber que por la perseverancia de la voluntad en la santa quietud; porque, poco a poco, todas las facultades son atraídas por el placer que la voluntad recibe, y del cual les da a gustar ciertos sabores, como perfumes que las mueven a acercarse más a ella, para tener parte en el bien del cual disfruta.

X

Prosigue el discurso sobre la santa quietud y sobre cierta abnegación de sí mismo que en ella se puede a veces, practicar

Según lo que acabamos de decir, la santa quietud tiene diversos grados; porque unas veces está en todas las potencias del alma, juntas y unidas a la voluntad; otras veces está solamente en ésta, en algunas ocasiones sensiblemente y en otras insensiblemente; pues, o bien el alma recibe un contento incomparable de sentir, por

ciertas dulzuras interiores, que Dios está presente en ella, como Santa Isabel, cuando la visitó nuestra Señora[15], o bien experimenta una especial suavidad de estar en la presencia de Dios cuando ésta se hace imperceptible, tal como les aconteció a los discípulos que iban de camino, los cuales no se dieron cuenta del agradable placer que sentían, al andar en compañía de nuestro Señor, sino cuando llegaron al término de su viaje y le reconocieron en la divina fracción del pan[16]. Algunas veces, el alma no sólo advierte la presencia de Dios, sino también le oye hablar por ciertas luces y mociones interiores, que desempeñan el papel de las palabras; también sucede que le oye hablar y le habla recíprocamente, pero tan en secreto, tan dulce y suavemente, que no por esto pierde la paz y la quietud; de suerte que, sin que se despierte, *vela* con Él, y habla a su Amado con tan apacible sosiego y tan agradable reposo, como si dormitase dulcemente[17]. En otras ocasiones, oye hablar al Esposo, pero ella no sabe qué decirle, porque el placer de oírle o la reverencia que le tiene, la obligan al silencio; o también porque está tan seca y tan decaída de espíritu, que sólo tiene fuerzas para oír, mas no para hablar, tal como les acontece corporalmente a los que comienzan a dormir o están muy débiles por alguna enfermedad.

Finalmente, algunas veces, ni oye a su Amado ni le habla, ni siente señal alguna de su presencia; sabe tan sólo que está delante de su Dios, el cual gusta de que esté allí.

Esta quietud, durante la cual la voluntad no obra sino por simplicísima conformidad con la voluntad divina, queriendo permanecer en oración, sin pretender otra cosa que estar ante los ojos de Dios, mientras a Él le plazca, es una quietud en extremo excelente, pues está limpia de toda suerte de interés, como quiera que las facultades del alma no sienten en ella ningún contento, ni siquiera la misma voluntad, si no es en su parte más encumbrada, en la cual se contenta de no tener otro contento que el carecer de contento, por amor al beneplácito de Dios, en el cual descansa; porque, resumiendo, es el colmo del éxtasis de amor el no tener puesta la voluntad en su contento, sino en el de Dios.

XI

De la efusión o derretimiento del alma en Dios

La fusión de un alma en su Dios es un verdadero éxtasis, por el cual el alma sale enteramente de los límites de su ser natural, y queda toda mezclada, absorbida y embebida en Dios, por lo que sucede que los que llegan a este santo exceso de amor divino, al volver después sobre sí, no ven cosa alguna, en la tierra que les dé contento, viven en un extremo anonadamiento de sí mismos, permanecen muy insensibles a todo cuanto se refiere a los sentidos, y tienen perpetuamente en el corazón la máxima de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús: *Lo que no es Dios no es nada para mí.* Y ésta parece que fue la gran pasión amorosa de aquel gran amigo del Amado, que decía: *Vivo yo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí*[18]; *y Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios*[19].

El alma fundida en Dios no muere; porque ¿cómo es posible que muera abismada en la Vida? Pero vive sin vivir en sí misma, porque, así como las estrellas si pierden su luz, no lucen en presencia del sol, sino que el sol luce en ellas y están ocultas en la luz del sol, también el alma, sin perder la vida, ya no vive, cuando está fundida en Dios, sino que es Dios quien vive en ella. Tales fueron, a mi modo de ver, los sentimientos de los dos bienaventurados Felipe Neri y Francisco Javier, cuando, rendidos por las consolaciones celestiales, pedían a Dios que se retirase un poco de ellos, si quería que todavía viviesen en este mundo, lo cual no podía ser mientras su vida permanecía toda *oculta* y absorbida *en Dios.*

XII

De la herida de amor

El amor, es una complacencia, y, por lo mismo, es muy agradable cuando no deja en nuestros corazones el aguijón del deseo; mas, cuando lo deja, deja con él, un gran dolor. Con todo, es verdad que este dolor proviene del amor, y, por consiguiente, es dulce

y amable dolor. Oíd las ansias dolorosas, pero amorosas, de un regio amante: *Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la faz de Dios! Mis lágrimas me han servido de pan día y noche, desde que me están diciendo: ¿Dónde está tu Dios?*[20]. También la sagrada Sulamitis, toda anegada en sus amorosos dolores, habla así a las hijas de Jerusalén: *¡Ah!* —les dice—, *os conjuro que, si hallareis a mi Amado, le digáis mi pena, porque desfallezco, herida de su amor*[21].

Hay en la práctica del amor sagrado, una especie de herida que, a veces, hace Dios en el alma que quiere en gran manera perfeccionar. Porque le infunde unos admirables sentimientos y unos incomparables atractivos por su soberana bondad, como acosándola y solicitando su amor; y entonces el alma se lanza con fuerza, como para volar más alto hacia su divino objeto; pero, al mismo tiempo, se siente, también fuertemente retenida y no puede volar, como pegada a las bajas miserias de esta vida y por su propia impotencia; desea *alas de paloma para volar y hallar reposo*[22], y no las encuentra. No es el deseo de una cosa ausente el que hiere el corazón, pues el alma siente que su Dios está presente y *la ha introducido ya en la pieza donde guarda el vino y ha enarbolado sobre su corazón el estandarte de su amor*[23].

El corazón amante de su Dios, deseando amarle infinitamente, ve, que no puede ni amarle ni desearle lo bastante, y este deseo que no se puede realizar, es como un dardo en el pecho de un espíritu generoso; más el dolor que causa no deja de ser muy amable, porque el que desea amar gusta también de desear, y se tendría por el ser más miserable del universo, si no desease continuamente amar lo que es tan soberanamente amable. Deseando amar, recibe de ello el dolor; pero gustando de desear recibe de ello la dulzura.

Dios, pues, lanzando continuamente saetas de la aljaba de su infinita belleza, hiere el alma de sus amantes, haciéndoles ver claramente que le aman mucho menos de lo que Él es amable. Aquel de los mortales que no desea amar más a la divina bondad, no la ama bastante; la suficiencia, en este divino ejercicio, no basta al que quiere detenerse en ella, como si fuera bastante.

XIII

De algunos otros medios por los cuales el amor santo hiere los corazones

Se produce otra herida de amor, cuando el alma siente muy bien que ama a su Dios, y, sin embargo, Dios la trata como si no supiese que la ama, o como si desconfiase de su amor. Porque, mi querido Teótimo, el alma padece extremas angustias, pues se le hace insoportable el ver el semblante que Dios pone de desconfianza en ella.

Tenía San Pedro y sentía su corazón lleno de amor a su Maestro, nuestro Señor, simulando no saberlo: *Pedro* —le dijo—, *¿me amas más que estos? Sí, Señor* —respondió el apóstol—: *Tú sabes que te amo.* Pero replicó el Señor: *Pedro, ¿me amas? Mi querido Maestro* —repuso el apóstol— *te amo ciertamente; Tú lo sabes.* Y este dulce Maestro, para probarle, y como desconfiando de su amor, *Pedro* —repitió— *¿me amas?* Éste en gran manera afligido, exclama amoroso, pero dolorosamente: *Maestro mío. Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo*[24].

San Pedro estaba bien seguro de que nuestro Señor lo sabía todo y de que no podía ignorar que le amaba; mas, porque la repetición de estas palabras: *«¿me amas?»* tenía la apariencia de cierta desconfianza se entristeció sobremanera. ¡Ah! la pobre alma que sabe muy bien que está resuelta a morir antes que ofender a Dios pero que no siente una sola brizna de fervor, sino al contrario, una frialdad extrema, que la tiene toda entorpecida y débil, hasta el punto de que cae en las más lamentables imperfecciones; esta alma —digo—, está toda herida; porque es muy doloroso su amor, cuando ve que Dios aparenta, en su semblante, ignorar cuánto le ama, y que la deja como una criatura, que no le pertenece; y le parece que, en medio de sus defectos, sus distracciones y sus frialdades, lanza nuestro Señor contra ella este reproche: ¿Cómo puedes decir que me amas, si tu alma no está conmigo? Lo cual es, para ella, un dardo de dolor que atraviesa su corazón, pero un dardo de dolor que procede del amor, porque, si no amase, no se afligiría por la aprensión que tiene de que no ama.

A veces se produce esta herida de amor al sólo recuerdo de

haber vivido antes sin amar a Dios. ¡Oh! ¡Qué tarde os he amado, beldad antigua y nueva! decía aquel santo que había sido hereje durante treinta años.

El mismo amor nos hiere, a veces, con solo considerar la multitud de los que desprecian el amor de Dios, hasta el punto de desfallecer por ello de angustia. El gran San Francisco, creyendo que nadie le oía, lloraba un día, sollozaba y se lamentaba tan fuertemente, que un personaje, al oírle, corrió hacia él, como quien corre en auxilio de alguien a quien quieren matar; y, al verle solo, le preguntó: ¿Por qué gritas así buen hombre? ¡Ah! —dijo—, lloro porque nuestro Señor ha padecido tanto por nuestro amor, y nadie piensa en ello. Y, dichas estas palabras, comenzó de nuevo a derramar lágrimas; y aquel buen personaje se puso también a gemir y a llorar con él.

Pero, de cualquier manera que esto sea lo más admirable en estas heridas recibidas por el divino amor es que su dolor es agradable, y que todos los que lo sienten y lo aceptan no quisieran cambiar este dolor por todas las dulzuras del universo. No hay dolor en el amor, y, si lo hay, es un dolor muy apreciado. Un serafín, que tenía en la mano una flecha de oro, de cuya punta salía una pequeña llama, lanzóla contra el corazón de la bienaventurada madre Teresa, y, al quererla sacar, parecióle a esta virgen que le arrancaban las entrañas; el dolor era tan grande que sólo tenía fuerzas para prorrumpir en débiles y pequeños gemidos, pero era, a la vez, un dolor tan amable, que nunca hubiera querido verse libre de él. Tal fue también el dardo de amor que arrojó Dios al corazón de la gran santa Catalina de Génova, en los comienzos de su conversión, con el cual quedó toda trocada y como muerta al mundo y a las cosas creadas, para no vivir sino por su Creador. *Manojito de mirra amarga es para mí el Amado mío*[25].

LIBRO SÉPTIMO

De la unión del alma con su Dios, que se perfecciona en la oración

I

Cómo el amor produce la unión del alma con Dios, en la oración

No hablemos aquí de la unión general del corazón con su Dios, sino de ciertos actos y movimientos particulares, que el alma recogida en Dios, produce a manera de oración, para unirse y juntarse más y más con la divina bondad.

Nuestro corazón, una vez unido con Dios, se va hundiendo continuamente, por un insensible progreso de aquella unión, hasta que llega a ser todo de Dios, a causa de la santa inclinación que el santo amor le comunica a unirse cada vez más con la soberana bondad; porque, como dice el gran apóstol de Francia[1], el amor es una virtud unitiva, es decir, que nos conduce a la perfecta unión con el sumo bien. Y, puesto que es una verdad indudable que el divino amor, mientras estamos en este mundo, es un movimiento, o a lo menos un hábito activo y con tendencia al movimiento, sucede que, aún cuando haya llegado ya a la simple unión, no deja, empero, de obrar, aunque de una manera imperceptible, para acrecentarla y perfeccionarla más y más.

Uniéndose más y más a Dios, pero mediante un acrecentamiento imperceptible, cuyo progreso no se echa de ver mientras se va produciendo, sino cuando está acabado. Cuando un sentimiento de amor, por ejemplo: *¡Qué bueno es Dios!,* penetra en el corazón, en primer lugar produce la unión con aquella bondad, pero una vez se ha fomentado con cierta prolijidad, penetra, como un

perfume precioso, por todos los rincones del alma, se derrama y se dilata por nuestra voluntad, y, por decirlo así, se incorpora a nuestro espíritu, se junta y se abraza a nosotros por todos lados, mientras nosotros nos unimos a él. Esto es lo que nos enseña el profeta David, cuando compara las sagradas palabras con la *miel*[2]. Porque, ¿quién no sabe que la dulzura de la miel impresiona más a nuestros sentidos por un aumento continuo del sabor, cuando la entretenemos algún tiempo en la boca, y que penetra más y más en el gusto que cuando simplemente la tragamos? Asimismo, este sentimiento de la bondad celestial expresado por estas palabras de San Bruno: *¡Oh bondad!,* o por éstas de Santo Tomás: *¡Mi Señor y mi Dios!,* o por éstas de santa Magdalena: *¡Mi Señor mío!,* o por éstas de San Francisco: *¡Dios mío y todas las cosas!,* este sentimiento, digo, cuando se detiene por algún tiempo en un corazón amoroso, se dilata, se extiende, se hunde por una íntima penetración en el espíritu, lo empapa más y más de su sabor, todo lo cual no es más que un aumento de unión, tal como ocurre con el ungüento o el bálsamo, el cual, al caer sobre el algodón, se mezcla y se une de tal manera, poco a poco, con él, que al fin, es imposible decir si el perfume es el algodón o si el algodón es el perfume. ¡Oh que dichosa es el alma que, en la tranquilidad de su corazón, conserva amorosamente el sagrado sentimiento de la presencia de Dios! Porque su unión con la divina bondad crecerá perpetuamente, aunque de una manera insensible, y llenará todo su espíritu de su infinita suavidad. Ahora bien, cuando, a este propósito, hablo del sagrado sentimiento de la presencia de Dios! Porque su unión con la divina bondad crecerá perpetuamente, aunque de una manera insensible, y llenará todo su espíritu de su infinita suavidad. Ahora bien, cuando, a este propósito, hablo del sagrado sentimiento de la presencia de Dios, no me refiero al sentimiento sensible, sino al que reside en la cima y en la parte más elevada del espíritu, donde el divino amor reina y produce sus principales efectos.

II

De los diversos grados de la sagrada unión que se produce en la oración

A veces, la unión se produce sin que nosotros cooperemos a ella, únicamente dejándonos llevar y unir sin resistencia a la divina bondad.

Algunas veces cooperamos cuando, al sentirnos atraídos, corremos gustosos para secundar la dulce fuerza de la bondad que nos atrae y nos une a sí por el amor.

Otras veces nos parece que somos nosotros los que comenzamos a juntarnos y a abrazarnos con Dios, antes de que Él se junte con nosotros, porque sentimos la acción de la unión de nuestro lado, sin sentirla del lado de Dios, el cual, sin duda, nos previene siempre, aunque no siempre sintamos esta prevención.

Ved al niño Marcial; que fue, según se dice, el bienaventurado niño del cual se habla en San Marcos (cap. IX). Nuestro Señor le tomó, le levantó y le tuvo durante largo tiempo entre sus brazos. ¡Oh hermoso niño Marcial! ¡Qué feliz eres al ser cogido, tomado, llevado, unido, juntado y estrechado contra el celestial pecho del Salvador y al ser besado por su sagrada boca, sin que cooperes de otra manera que no oponiendo resistencia a estas divinas caricias! Al contrario, San Simeón abraza y oprime sobre su seno al mismo Señor, sin que el Señor aparente cooperar a esta unión, aunque, como canta la Iglesia, *el viejo llevaba al Niño, mas el Niño dirigía al viejo.*

III

Del supremo grado de unión por la suspensión y el arrobamiento

La caridad es un vínculo, y un vínculo de *perfección*[3], y el que tiene más caridad, más estrechamente unido está con Dios. No hablamos de la unión que es fruto de la acción y que es una de las prácticas de la caridad y de la dilección. Imagina que San Pablo,

San Dionisio, San Agustín, San Bernardo, San Francisco, Santa Catalina de Génova o de Sena, están todavía en este mundo, y que duermen de cansancio, después de varios trabajos tomados por amor de Dios. Figúrate, por otra parte, un alma buena, pero no tan santa como aquellas, que, durante el mismo tiempo han permanecido en oración de unión. Pregunto ahora, ¿quién está más unido, más abrazado, más asido a Dios, aquellos grandes santos que duermen o esta alma que ora? Ciertamente, aquellos amantes admirables, porque tienen más caridad y porque sus efectos, aunque en alguna manera dormidos, están de tal manera obligados a Dios y aprisionados en Él, que es imposible separarlos. Pero, ¿cómo es posible —me dirás— que un alma que está en oración unitiva, hasta llegar al éxtasis, esté menos unida a Dios que los que duermen, por santos que éstos sean? A esto respondo, que aquélla está más adelantada en el ejercicio de la unión, más éstos han avanzado más en la unión misma; éstos están unidos, mas no se unen, porque duermen; aquélla, empero, se une, porque está en el ejercicio y en la práctica actual de la unión.

Este ejercicio de la unión con Dios puede también practicarse por medio de breves y pasajeros, pero frecuentes movimientos de nuestro corazón hacia Dios, a manera de oraciones jaculatorias hechas con esta intención. ¡Ah, Jesús! ¿Quién me concederá la gracia de que forme con Vos un solo espíritu? ¡Ah Señor! Puesto que vuestro corazón me ama, ¿por qué no me arrebata hacia sí, tal como yo lo quiero? *Atraedme y correré en pos de vuestros encantos*[4], para arrojarme en vuestros brazos paternales, y no moverme de ellos jamás, por los siglos de los siglos.

IV

Del arrobamiento y de la primera especie del mismo

Los sagrados éxtasis, son de tres clases; el del entendimiento, el del afecto y el de la acción; el uno se produce por la admiración, el otro por la devoción y el tercero por la operación. La admiración se engendra en nosotros por el descubrimiento de una nueva verdad, que no conocíamos ni esperábamos conocer. Y, si a la nueva

verdad que descubrimos, se junta la belleza y la bondad, entonces la admiración que de ella nace es en gran manera deliciosa.

Alguna vez da Dios al alma una luz no sólo clara, sino también creciente, como el alba del día; y, entonces, como los que han encontrado una mina de oro, que siempre ahondan más y más, para encontrar con mayor abundancia el tan deseado metal, así el entendimiento va profundizando en la consideración de su divino objeto; porque de la misma manera que la admiración ha dado origen a la contemplación y a la teología mística; y, porque esta admiración, cuando es fuerte, nos saca fuera de nosotros mismos y nos eleva por la viva atención y aplicación de nuestro entendimiento a las cosas celestiales, nos lleva consiguientemente hasta el éxtasis.

V

De la segunda especie de arrobamiento

Dios, padre de toda luz, soberanamente bueno y bello, por su belleza atrae nuestro entendimiento, para que le contemple, y por su bondad atrae nuestra voluntad para que le ame. Como bello, al llenar nuestro entendimiento de delicias, derrama su amor en nuestra voluntad; como bueno, al llenar nuestra voluntad de su amor, excita nuestro entendimiento a contemplarle. El amor nos provoca a la contemplación y la contemplación al amor; de donde se sigue que el éxtasis y el arrobamiento dependen totalmente del amor; porque es el amor el que mueve al entendimiento a la contemplación, y a la voluntad a la unión; de manera que, finalmente, hemos de concluir, con San Dionisio, que el amor divino es extático y no permite que los amantes sean de sí mismo, sino de la cosa amada. Por esta causa, el admirable apóstol San Pablo, poseído de este divino amor y hecho partícipe de su fuerza extática exclamaba, con labios divinamente inspirados: *Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo en mí*[5].

Sin embargo, ambos éxtasis, el del entendimiento y el de la voluntad, no están tan íntimamente ligados que, con mucha frecuencia, no exista el uno sin el otro; porque, así como los filósofos tuvieron más conocimiento que amor del Creador, al contrario, los

buenos cristianos tienen, muchas veces, más amor que conocimiento, según he advertido en otro lugar. Ahora bien, el sólo éxtasis de la admiración no nos hace mejores, según lo que de él dice el que había sido arrebatado en éxtasis hasta el tercer cielo: *Si conociese todos los misterios y toda la ciencia y no tuviese caridad, nada soy*[6]; y, por esta causa, el espíritu maligno puede extasiar, si es lícito hablar así, y arrebatar el entendimiento, ofreciéndole maravillosos conocimientos que le eleven y suspendan por encima de sus fuerzas naturales, y, por medio de tales luces, puede también comunicar a la voluntad cierta especie de amor vano ligero, tierno e imperfecto, por manera de complacencia, de satisfacción y de consolación sensible. Pero dar el verdadero éxtasis de la voluntad, por el cual se une única y poderosamente a la bondad divina, solamente corresponde a aquel Espíritu soberano *por el cual la caridad de Dios se derrama en nuestros corazones*[7].

VI

De las señales del buen arrobamiento y de la tercera especie del mismo

En efecto, Teótimo, hemos visto, en nuestros tiempos a muchas personas que creían, y otras con ellas, que, con gran frecuencia, eran divinamente arrebatadas en éxtasis; mas, al fin, se descubría que todo eran ilusiones y pasatiempos diabólicos. Los mismos filósofos conocieron ciertas especies de éxtasis naturales, causados por la intensa aplicación de su espíritu a la consideración de las cosas más levantadas. Por lo cual no es de maravillar, si el maligno espíritu, para remedar al bueno, escandalizar a los débiles y *transformarse en ángel de luz*[8], produce arrobamientos en ciertas almas no muy sólidamente instruidas en la verdadera piedad.

Con el fin, pues, de que se puedan distinguir los éxtasis divinos de los humanos y diabólicos, los siervos de Dios nos han dejado muchos documentos. Mas, por lo que a mí toca me bastará, para mi propósito, proponeros dos señales de éxtasis bueno y santo. La primera es que el éxtasis sagrado nunca prende tanto en el entendimiento como en la voluntad, a la cual conmueve, enciende y llena

de un poderoso afecto a Dios; de manera que, si el éxtasis es más bello que bueno, más luminoso que ardiente, más especulativo que afectivo, es muy dudoso y digno de que se sospeche de él. No niego que se puedan tener arrobamientos y aún visiones proféticas sin la caridad; porque sé muy bien que, así como se puede tener caridad, sin sentirse arrobado y sin profetizar, asimismo puede uno sentirse arrobado y profetizar sin tener caridad; pero digo que aquel que, en su arrobamiento, tiene más luz en el entendimiento para admirar a Dios, que calor en la voluntad para amarle, ha de ponerse en guardia, porque corre el peligro de que este éxtasis sea falso y de que hinche el espíritu, en lugar de edificarle, colocándolo, como a *Saúl, a Balaán y a Caifás* entre los *profetas*[9] pero dejándolos entre los réprobos.

La segunda señal de los verdaderos éxtasis consiste en la tercera clase de los mismo, que hemos indicado más arriba; éxtasis enteramente santo y amable, que es la corona de los otros; el éxtasis de la obra y de la vida. La perfecta observancia de los mandamientos de Dios no está dentro del círculo de las fuerzas humanas, pero sí dentro de los límites del instinto del espíritu humano, como muy conforme a la razón y a la luz natural; de suerte que cuando vivimos según los mandamientos de Dios, no, por ello, vivimos fuera de nuestra inclinación natural. Pero, además de los mandamientos divinos, hay celestiales inspiraciones, para cuya ejecución no basta que Dios nos levante por encima de nuestras fuerzas, sino que, además, es menester que nos lleve más allá de los instintos y de las inclinaciones de nuestra naturaleza, porque, si bien estas inspiraciones no son contrarias a la razón humana, con todo la exceden, la sobrepujan y son superiores a ella, de suerte que entonces no sólo vivimos una vida correcta, honesta y cristiana sino también una vida sobrehumana, espiritual, devota y extática, es decir, una vida que, bajo todos los aspectos, está fuera y por encima de nuestra condición natural.

No hurtar, no mentir, no fornicar, orar a Dios, no jurar en vano, amar y honrar a los padres, no matar, todo esto es vivir según la razón natural del hombre. Pero dejar todos nuestros bienes, amar la pobreza, llamarla y tenerla por deliciosa dueña; considerar como una felicidad y una bienaventuranza los oprobios, los desprecios, la abyección, las persecuciones y los martirios; mantener-

se dentro de los términos de una castidad absoluta, y, finalmente, vivir en el mundo y en esta vida mortal contra todas las opiniones y las máximas mundanas y contra la corriente del río de esta vida, mediante una habitual resignación, renuncia y abnegación de nosotros mismos, esto no es vivir humanamente, sino sobrehumanamente; no es vivir en nosotros, sino fuera y por encima de nosotros, y, puesto que nadie puede salir de esta manera de sí mismo, *si el Padre eterno no le atrae*[10], síguese que este género de vida es un arrobamiento continuo y un éxtasis perpetuo de acción y operación.

Vosotros estáis muertos —decía el gran Apóstol a los Colosenses— *y vuestra vida está oculta con Jesucristo en Dios*[11]. La muerte hace que el alma no viva en su cuerpo ni en el recinto del mismo. ¿Qué quieren, pues, decir Teótimo, estas palabras del Apóstol: *Vosotros estáis muertos.* Es como si dijera: Vosotros no vivís ya en vosotros mismos, ni dentro del cercado de vuestra condición natural; vuestra alma no vive según ella misma, sino sobre sí misma. Luego, *nuestra vida está escondida en Dios, con Jesucristo, y cuando Jesucristo,* que es nuestro amor, y, por consiguiente nuestra vida espiritual, *aparecerá* el día del juicio, *entonces* nosotros *apareceremos con Él en la gloria*[12]; es decir, Jesucristo nuestro amor nos glorificará, comunicándonos su felicidad y su esplendor.

VII

Cómo el amor es la vida del alma. Prosigue el discurso sobre la vida extática

Cuando hemos puesto nuestro amor en Jesucristo, tenemos, por lo mismo, en Él nuestra vida espiritual. Ahora bien, Él está oculto en Dios, en el cielo, como Dios estuvo oculto en Él, en la tierra. Por lo cual nuestra vida está oculta en Él, y, cuando Él aparezca glorioso, nuestra vida y nuestro amor aparecerán, asimismo, con Él, en Dios. Así, San Ignacio, decía que su amor estaba crucificado, como si hubiese querido decir: Mi amor natural y humano, con todas las pasiones que de él dependen, está clavado en la cruz;